

CAPÍTULO V

TENTATIVAS DE CONCILIACIÓN ENTRE EL CATOLICISMO Y LA REFORMA

Los períodos revolucionarios están sujetos á fases verdaderamente lógicas, de igual manera que los períodos anuales sujetos á estaciones sucesivas. Toda revolucion empieza por oponerse radicalmente á las ideas ó á las instituciones que intenta destruir ó renovar y concluye por buscar en la práctica medios de arreglo, conciliaciones indispensables, para que no se rompa la serie del pensamiento en la ciencia ni se rompa la serie de los hechos en la sociedad. Durante mucho tiempo abrigaron los revolucionarios y los reyes en Francia la esperanza de una transaccion igualmente favorable al trono antiguo y al derecho moderno. Luis XVI creyó, al convocar los Estados generales, que consolidaba la monarquía; y los Estados generales creyeron, al reunirse en Asambleas, que tenían su mayor fianza y su mayor seguridad en la corona de sus reyes, á pesar de los graves disentimientos entre los representantes nuevos de la Francia moderna y el viejo símbolo de la Francia histórica. El primer código fundamental, aquella constitucion á la cual tanto contribuyeran los ideólogos del siglo décimo-octavo, resultaba un pacto, y pacto dictado por la buena fe y por las mas arraigadas convicciones, entre la autoridad secular del monarca y la reciente soberanía del pueblo.

Pues, á pesar de su carácter puramente religioso, la revolucion teológica del siglo décimosexto se asemejaba completamente á la revolucion política del siglo décimo-octavo. Tambien aquella tuvo sus profetas, sus iniciadores, sus mártires, sus exagerados y violentos, sus tribunos rojos, y sus moderados y conciliadores. Como dentro de la monarquía se contaban muchos partidarios

de concesiones á la revolucion, dentro de la Iglesia se contaban muchos partidarios de concesiones á la Reforma; y como dentro de la revolucion habia quien guardaba por lo menos culto estético á la histórica institucion monárquica, dentro de la Reforma habia tambien quien guardaba culto estético á la antigua institucion pontificia. La reunion de los Estados generales señala el período conciliador de la revolucion francesa y el advenimiento de Paulo III y el *Interim* de Carlos V señala el período conciliador de la revolucion religiosa.

El caso es que tan doloroso como grave suceso para la Iglesia romana pudo haberse evitado con solo escuchar la voz profética de Savonarola, reunir los concilios ecuménicos, evangelizar la Iglesia petrificada en sus tradiciones absolutistas, como indudablemente se hubiera salvado tambien Francia de la revolucion si oyera el Rey la voz inspirada y profética de los grandes filósofos que tuvo por primeros ministros y que representaron en la revolucion política un papel análogo al que representara Savonarola en la revolucion religiosa. A la hora de ascender Paulo III, los hechos habian corrido con tal impetuosidad y separándose las instituciones opuestas con tan abierta separacion, que ya no cabia por modo alguno términos de arreglo. Sin embargo, para seguir las fases de la grande idea revolucionaria que ha sido como la esencia y la sustancia del espíritu moderno, conviene ver este período de transaccion malograda é infructuosa, conociendo así todo el impulso que adquirian las ideas nuevas y toda la resistencia que las viejas ideas guardaban. De todas suertes, período tan importante de aquella revolucion universal de las conciencias deja huellas indelebles en el humano espíritu y recuerdos inolvidables en la humana historia.

¡Corto por su duracion y largo por sus complicaciones é incidentes, el Conclave que alzara la personalidad de Paulo III á las alturas del trono Pontificio! Así como se combina la fortuna régia de los republicanos Médicis con la exaltacion al trono de los dos cardenales de aquella ilustre familia, con la exaltacion de Leon X y Clemente VII; combínase á su vez la fortuna régia de los Farnesios con la exaltacion al trono de un cardenal Farnesio, que tomó para reinar el nombre de Paulo III. Suben los Médicis al trono del Ducado de Florencia y desde allí ponen á sus hijas, como Catalina y

como María, en los tálamos de Enrique II y Enrique IV, bajo los régios doseles de Francia; reinan los Farnesios en Parma y desde allí ponen sus hijas, como la célebre y ambiciosa Isabel, en el tálamo de Felipe V, bajo el régio dosel de España; y hoy, á esta misma hora, continuan todavía las consecuencias inmanentes del poder y del influjo de todas estas reinas. Dos pujantes partidos se dividian á la sazón el Conclave romano, á saber: el partido de los imperiales y el partido de los franceses. Como sucede por regla general en todas estas crisis de las sucesiones pontificias, á los dos partidos fundamentales se agregan muchas fracciones diversas, que el interés ó la ambición forjan y que la victoria ó la derrota disuelven. El cardenal Farnesio contaba para el logro de sus deseos, puesto que todos los cardenales son candidatos á la Sede Pontificia, con el auxilio poderoso de los Médicis, quienes llevaban tantos años ya en Roma de no disputada prepotencia. Para mas asegurarse la posesion de su codiciada presa habia pactado, en la prevision de próspero éxito, cesiones como las de Ancona y las Marcas, auxilios para las guerras civiles de Florencia, al cardenal Hipólito de Médicis, príncipe tan corrompido como inquieto. Pero lo que principalmente le valió, fué una treta del célebre cardenal Trivulzio, jefe y cabeza de los cardenales franceses. Deseaba tal potentado con toda vehemencia pontificar; y no pudiendo lograrlo entonces, optó por un candidato, capaz de ofrecerle seguras esperanzas de un próximo logro. El mas achacoso por sus sesenta y ocho años, el mas enfermo por sus crónicas dolencias, el mas cercano al sepulcro, encorvado como un arco, sujeto á toda clase de accidentes, podrido á causa de su sangre cancerosa, violento de complexion, bilioso y malhumorado, Alejandro Farnesio era el mas propio para suscitar contra sí las cóleras eclesiásticas y cruzar como un relámpago sobre la Sede Pontificia. La proteccion de Hipólito de Médicis, la maquiavélica complacencia de Trivulzio, el resuelto apoyo de Francisco I, la neutralidad de Carlos V se conjuraron para convertir al mas odioso de los cardenales en Pontífice por adoracion.

Lo que principalmente le caracteriza es su apego á la solucion del Concilio y su deseo de reunirlo y de arrostrarlo. Tanto como lo rechazaba Clemente VII, queríalo Paulo III. Así ganó al cardenal Médicis con los cardenales italianos por el cohecho; al cardenal Trivulzio con los cardenales fran-

ceses por la enfermedad; y al cardenal Trento con los cardenales hispanos por el Concilio. El origen de su fortuna, en verdad, no le favorece mucho, elevado á la púrpura, no por los propios méritos y servicios, por los méritos y servicios de su hermana Julia Farnesio, querida por mucho tiempo de Alejandro VI. Por consiguiente, le dominó el placer en sus mocedades, como á todos los hombres mayores del Renacimiento, y en sus postrimerías le dominó el vicio capital de los Papas, el nepotismo, llegando á nombrar cardenales á varios sobrinos suyos, que apenas contaban de quince á diez y seis años. Ciudadano de Roma como su predecesor Martin V, sentia con profundo y arraigado sentimiento la romana soberbia. Confiado en su experiencia y en sus años, en los conocimientos del mundo y en las ideas de su propia responsabilidad, no conocia ni consejeros ni ministros. Las ciencias á la sazón populares, las ciencias astrológicas, dijéronle á una, en su niñez, que reinaria y reinaria bien. Tal era el Pontífice que debia representar en este instante de la Reforma el principio de reconciliacion.

¿Y cuál era el estado de Europa? Postrada la Ciudad Eterna por el saco último en los estercoleros de Job; muerta la helénica democracia de Florencia que tanto esmaltara con su genio los timbres de la humanidad; ardiendo por los cuatro puntos del horizonte Milan la severa en guerras incesantes; trocadas las vías del Piamonte y la Saboya en vías militares tintas de sangre; Nápoles, asediada por los franceses á la continua y sometida mal de su grado á los españoles; Venecia temerosa del turco, buscando en la sujecion de los pueblos italianos el auxilio que hubiera encontrado de seguro en las alianzas; Génova disputada por Carlos V á Francia y conducida últimamente al protectorado imperial por mano de los Dorias; la conquista turca en Oriente, la victoria definitiva del absolutismo en el Occidente; las competencias religiosas en el Centro y en el Norte; la cisma de Inglaterra declarada, y la reaccion de Carlos V detenida por la necesidad de entenderse con los príncipes de Alemania para contrastar al Sultan omnipotente de Constantinopla: hé ahí la situacion general de Europa, presa de una crisis, que ha rejuvenecido el espíritu del mundo y ha trastornado la corriente del tiempo.

Lo mas curioso, que habia en aquel momento, era el estado de la conciencia pública en Italia y en casi todos los pueblos católicos. Instintiva-

mente, como si presintieran las guerras horribles que iban á caer sobre el mundo por la separacion definitiva entre la revolucion nueva y la estabilidad histórica, pugnaban por una conciliacion. Vióse despues del sacco de Roma cambiar profundamente las tendencias artísticas y convertirse por trasformacion maravillosa en tendencias teológicas. La entrada de los saqueadores en la Ciudad Eterna dispersó á los artistas y los alejó de su academia natural, como los tiros del cazador dispersan á las tímidas y nerviosas avecillas, expulsándolas de sus serenos y blandos nidos. Despues que se acabó el Juicio final en la Sixtina; despues que se colocó la estatua de la Noche en el Panteon de los Médicis; despues que se cayó en la eternidad el pincel que trazara la Transfiguracion y el Thabor no solo de Cristo sino tambien de la humanidad; despues de todos estos milagros, vino esa decadencia del arte que representan los Carraccios en la pintura y en la escultura, los Berninos. El arte se creyó con capacidad bastante á sustituir la Reforma, como se creyera la poesía en otro tiempo con capacidad bastante á sustituir el Cristianismo. Lo que Virgilio fuera en la Roma clásica respecto á Cristo, lo fueron Rafael y Miguel Angel respecto á los reveladores del siglo décimosexto. Quien se detenga con alguna reflexion á contemplar al gran poeta latino, adivinará en sus exámetros bien pronto la idea que los anima como una savia misteriosa. Presintiendo con las adivinaciones propias de su soberano ingenio el número de esperanzas religiosas, que iban á cuajarse en una religion distinta de la religion romana, Virgilio quiso que, dentro de este culto, se llenaran esas incontrastables aspiraciones de la humanidad en su siglo. De aquí las promesas cuasi mesiánicas, las esperanzas cuasi cristianas, las pinturas cuasi evangélicas de aquel sacerdote de la poesía, que unas veces habla como las Sibilas de Cumas y otras veces habla como los profetas de Jerusalem. Creedlo, hay un conato en Virgilio de evitar el Cristianismo por la renovacion del Paganismo, conato semejante al que tuvo mas tarde, no por intuicion, no por espíritu profético, no por presentimiento como cumple á un poeta, sino por reflexion como cumple á un filósofo, la escuela platónica, conocida con el nombre de escuela de Alejandría. Los artistas podian creer desde su Empíreo que aquellos iris en los cuales se bañaban sus ojos; que aquellos ángeles surgidos como ideas arquetípicas de sus fecundas fantasías; que aquellas rosas

místicas, sembradas en los caminos etéreos, que conducen desde el mundo al cielo; que las Vírgenes perfectas revestidas con las formas griegas y animadas con las ideas cristianas; que los coros de Sibilas y Profetas elevados en las cimas de lo sublime; que toda aquella luminosa lluvia de ideas estéticas bastaban para llenar el infinito moral encerrado en el corazon y en el entendimiento del hombre, los cuales no se llenan solo con el arte, sino que necesitan tambien de la religion y de la ciencia. Los artistas formaban como una parte de la revolucion universal; pero los sabios, los maestros, los renovadores, formaban como otra parte de esa revolucion inevitable. Puede decirse, que desconociéndose, odiándose, apartados por largas distancias, sin comprenderse los unos á los otros, rivales entre sí, Lutero y Zuinglio, Erasmo y Vives, Rafael de Urbino y Angelo Buonaroti eran los matices de la universal revolucion humana.

Siempre que hay una de estas crisis universales se inspiran á una en ella, por lógica necesidad, hasta las inteligencias que parecen mas resistentes á la opinion pública y mas apartadas del movimiento universal. Miles de síntomas denotaban allá en los comienzos de nuestra era la venida del Cristianismo, como miles de síntomas denotaban aquí en el Renacimiento la venida de la Revolucion religiosa y el arraigo que iba tomando en las conciencias y en las costumbres públicas. Ni España, ni mucho menos Italia, las dos naciones romanas por excelencia, preservábanse del general contagio. En la nacion italiana las sociedades literarias formaban como una Iglesia independiente, aunque dentro de la Iglesia universal y católica. Ora tuviesen por fin propio el cultivo de las bellas artes, ora se consagrasen á los mas abstrusos principios de la ciencia, ora viviesen la vida política, ostentaban dogmas, cultos, liturgias, ceremonias, cánones, si no disconformes, apartados y distintos del universal espíritu católico. No hay sino recordar los jardines de Florencia donde se reunian los últimos discípulos de Platon. Aquí, las hayas de Thesalia, recordando los orígenes del antiguo pueblo griego; allí, entre los mirtos, las abejas zumbantes que iban á depositar ó á beber la miel ática en los labios de los oradores inmortales; mas allá los plátanos de Oriente cargados de cigarras gratuitas á los oidos helénicos y las higueras de cuyo dulce fruto se alimentaban los grandes sicofantas; sobre altares de mármol cincelados por bien